

6º Encuentro Menonita Español

¡Qué hermoso resulta cuando lo que empezó como una visión de unas pocas personas se va convirtiendo, con el paso del tiempo, en realidad!

Hace casi veinte años, en una antigua casona de piedra en una finca perdida entre los montes de la provincia de Tarragona, un puñado de personas nos reunimos en lo que fue convocado como *Encuentro Menonita Español*.



Fue un tiempo de convivencia, oración y mucha conversación. Aquello no tuvo mucha repercusión ni importancia, salvo en el sentido de reconocer claramente, entre nosotros, que había *menonitas* en España



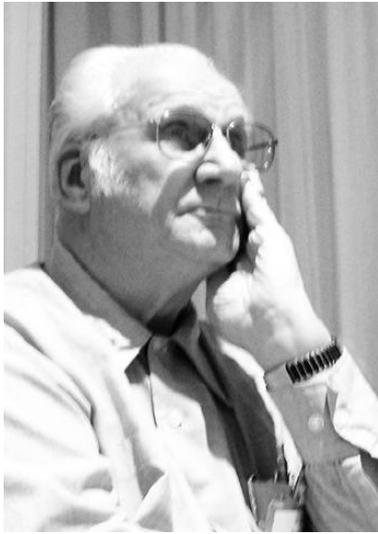
(los *Hermanos en Cristo* llegarían posteriormente) y que queríamos ser en nuestra propia generación también, como los anabaptistas del siglo XVI, *el ala radical de la iglesia*.

Una de las cosas que podemos constatar a raíz de nuestro reciente 6º EME (1-3 de noviembre, 2002) es que estos encuentros de hermanos y hermanas de iglesias anabaptistas (Menonitas y Hermanos en Cristo) en España es algo consolidado, pro-



También en este número:

- ¿Cómo sabremos qué pedir? 4
- Visita a «La Casa Grande» 6
- He descendido para librarlos 7
- La iglesia de Jesucristo 8



fuso en bendiciones, sin lo cual no quisiéramos volver a estar.

Desde siempre las iglesias en nuestra tradición han respetado la libertad de acción y decisión de las comunidades locales y a la vez han visto

que, así como no es sano que el cristiano individual se aísle de los hermanos, tampoco es sano que una comunidad local viva de espaldas a



los hermanos se regocijan al volver a verse, se saludan con afecto no fingido, adoran juntos al Señor y escuchan una enseñanza común.

Y esto es lo que hemos vivido en Galicia aquellos días.

la comunión con otras iglesias de convicciones parecidas.

Esta realidad, la de la necesidad de que las iglesias locales vivan en comunión con otras afines, tiene muchas vertientes. Pero una de las más importantes es el mismo placer de la comunión en sí: la bendición de Dios que es derramada allí donde las hermanas y





Hemos sentido el gozo de la amistad fraternal. Hemos adorado juntos al Señor y hemos sentido alguna pequeña muestra de su gloria. Hemos admirado sorprendidos los dones —y hemos disfrutado de las payasadas y el sentido de humor— de diversos hermanos y hermanas, niños y mayores. Hemos recibido útil y sana enseñanza bíblica, práctica y sencilla, apta para nuestra necesaria edificación en los caminos del Señor, llenos de esa sobria y sensata sabiduría que sólo los muchos años con Dios pueden dar. Hemos degustado la admirable gastronomía

gallega, con sus típicos sabores de mar. Hemos disfrutado de lo que sin lugar a dudas ha sido el mejor alojamiento que estos Encuentros hayan ofrecido jamás.

Una única pega ha empañado nuestro disfrute. Hemos recordado a las comunidades que no pudieron contar con representación entre nosotros. A pesar de que este ha sido, con creces, el EME con mayor asistencia jamás (unas 119 personas inscritas el viernes), hemos sentido vivamente esas ausencias. Sabemos que algunos deseaban haber



venido pero que les ha resultado imposible. Otra vez será...

Una pregunta estaba en boca de todos al meternos en los coches para el largo viaje de regreso: ¿Dónde y cuándo toca volver a encontrarnos?

Gracias sean dadas a Dios por la incomparable bendición de la comunión entre hermanos.

Para los que quieran más experiencias de comunión fraternal, he aquí una esperanza y un reto: En Bulawayo, Zimbabwe, este próximo agosto, nuestros hermanos y hermanas del continente africano aguardan con ansias la presencia fraternal de representantes de iglesias de todos los continentes de la Tierra, en el próximo Congreso Mundial Menonita.

—D.B.



Fotos: Bruce Bundy (la mayoría) y Connie Bentson. Todas estas fotos, como sucede siempre con las fotos de *El Mensajero*, pueden ser vistas a todo color en nuestra página web: www.menonitas.org Otras muchas fotos del Encuentro pueden verse en: <http://community.webshots.com/album/54293468PLcjZz>

¿Cómo sabremos qué pedir?

Hasta aquí. En *El Mensajero* de octubre veíamos esa imponente escena en Apocalipsis 8 donde toda la acción se detiene y todo el universo aguarda mientras Dios recibe las oraciones de sus santos antes de determinar qué es lo que debe suceder. Nos hacíamos la reflexión de que, sin que sepamos explicar por qué, nuestras oraciones cuentan delante de Dios. En *El Mensajero* de noviembre observábamos que existen algunos obstáculos en nuestras vidas que pueden hacer que Dios tenga que desestimar nuestras peticiones. Y nos consolábamos constando que, a pesar de todo, hay un «misterio» por el que Dios sin embargo prefiere muchas veces concedernos de todas maneras nuestras peticiones.

En este número quisiera hacer una última reflexión sobre la oración, en este caso en cuanto al contenido de lo que pedimos: cuáles son los temas que abordamos y qué es lo que deseamos que Dios haga. La escena que habíamos contemplado en Apocalipsis 8 era una que tenía que ver con el juicio de las naciones, lo que sucede a la mayor escala imaginable en los asuntos de la Tierra y del universo entero. Las oraciones de los santos de Dios mezcladas con incienso en esos versículos, hay lugar a suponer, versan precisamente sobre los grandes problemas y el sufrimiento que acosan a la humanidad.

Quisiera defender aquí, entonces, que los temas de sufrimiento del prójimo a gran escala jamás deberían quedar relegados o marginados de nuestras oraciones. Es importante tener confianza como para pedir por nosotros y por nuestra familia y comunidad de hermanos, nuestros vecinos y amigos. Sin embargo no debemos olvidar los grandes motivos de sufrimiento en masa: guerras, desastres natura-

les, hambre, falta de agua potable, cambios climáticos, etc.

Comentando con algunos hermanos de otras iglesias hace algún tiempo, me sorprendió que ellos se sorprendieran de que en la nuestra se intercede regular y habitualmente por temas como el fin del terrorismo de ETA, la frustración de los planes de Bush por invadir Irak, o las necesidades que padecen los

En Apocalipsis 8, las oraciones de los santos de Dios mezclados con incienso, hay lugar a suponer, versan precisamente sobre los grandes problemas y el sufrimiento que acosan a la humanidad

damnificados por algún huracán tropical. Parece ser que en algunas iglesias nunca se llega más allá de pedir curaciones de enfermedades, un empleo para algún hermano, y las conversiones de diversos parientes y amigos. Como muy mucho, quizá se ora con cierta regularidad pidiendo un avivamiento que genere conversiones en masa en nuestra nación. Todas estas cosas son importantes, desde luego, y mal haríamos si las calláramos.

Mientras tanto, las guerras y el hambre, los terremotos y volcanes, el terrorismo, la violencia doméstica, el acoso sexual en el trabajo y la injusticia salarial crean un sufrimiento generalizado en la humanidad que es auténticamente pasmoso. Los temas de la injusticia y las guerras entre las naciones, las pestes y plagas y el hambre que asolan el mundo, sin embargo, figuran en la Biblia como cosas en las que Dios



está siempre muy interesado y activo. ¿Cómo, entonces, con qué excusas inicuas, bajo qué pretexto superficial, nos atrevemos a ignorar esos temas cuando clamamos ante el Trono del Altísimo? ¿Pensamos acaso que porque Dios se ocupa de esas cosas no hace falta que nosotros las mencionemos en oración? ¿Pero es que hay acaso cosa alguna de la que Dios no se ocupe? Y en ese caso, con tal argumento, ¿por qué orar sobre cosa alguna?

Bien puede estar sucediendo todo lo contrario: que nuestras oraciones sí cuenten, sí sean importantes e incluso determinantes del futuro que Dios nos pueda acercar. Tal vez se dé el caso de que Dios aguarda anhelante a que le pidamos las bendiciones y la paz que él desea derramar sobre la Tierra. Pero que él se encuentre maniatado porque por nuestra falta de fe/fidelidad *no pedimos* conforme a las transformaciones que Dios desea para nuestra sociedad y nuestro mundo. ¡A ver si va a resultar que Dios escucha expectante nuestras oraciones mezcladas con el incienso del altar celestial, pero no oye más que las infantiles y egoístas peticiones personales de unos hijos malcriados! Y que estemos limitando así su poder al mero ámbito personal, familiar y religioso.

¿Qué oraremos? El dilema con que nos encontramos entonces es el de que aunque sabemos bien, con bastante precisión, qué es lo que deseamos en cuanto a la salud de nuestros seres queridos o la conversión de nuestros amigos, no tenemos mucha idea acerca de qué pedir en cuanto, por ejemplo, al ciclo vicioso de violencia entre israelíes y palestinos.

Aquí un escritor llamado Walter Wink, en un libro que todavía no ha sido traducida al castellano, me ha resultado de bastante ayuda. Expresado en mis propias palabras, él viene a argumentar algo así:

Empecemos por observar lo que pone Romanos 8.26-27: *Y de la misma manera, también el Espíritu*

nos ayuda en nuestra debilidad; porque no sabemos orar como debiéramos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles; y aquel que escudriña los corazones sabe cuál es el sentir del Espíritu, porque Él intercede por los santos conforme a la voluntad de Dios [Biblia Américas].

Según los versículos anteriores, Rom. 8.19-22, la creación entera gime con un anhelo ardiente, sin palabras. Toda la naturaleza sufre el embate de nuestra rapiña y conta-

Tal vez se dé el caso de que Dios aguarda anhelante a que le pidamos las bendiciones y la paz que él desea derramar sobre la Tierra. Pero que él se encuentre maniatado porque por nuestra falta de fe/fidelidad *no pedimos* conforme a las transformaciones que Dios desea para nuestra sociedad y nuestro mundo.

minación, la violencia egoísta de los humanos que destruimos todo lo que tocamos. Los bosques que tálamos y quemamos, los animales que aniquilamos hasta la extinción, la tierra misma que asolamos y contaminamos con nuestra minería rapaz, el mar que ensuciamos y cuyos peces agotamos, toda la creación sufre, se retuerce de dolor ante su Creador, gime en su anhelo de que por fin se manifiesten los hijos de Dios. Pero no sólo la creación, sino nosotros mismos también gemimos (Rom. 8.23-24) en nuestro anhelo inefable, y nuestro gemido es uno con el gemido de toda la creación que clama sin palabras delante de Dios.

(Sigue a vuelta de hoja)

Humor

No sé si tiene cabida en una revista cuyo fin es la edificación, el que nos riamos un poco de nosotros mismos. Espero que con los siguientes renglones no se sienta nadie ofendido (aunque tal vez nos veamos todos «pillados» en algún particular).

Los 10 «tics» más populares de la oración en reuniones

1. Repetir la palabra «Señor» cada 2-3 segundos, intercálndola en todas las frases.
2. Poner por sistema una voz lloriqueante, como la de un niño maleducado que llora para conseguir algo de sus padres.
3. La constante repetición de un «clic» característico creado entre la lengua y el paladar, un ruidito de «nts» aspirando el aire.
4. Concluir la oración con la absurda frase «en tu Nombre» (en lugar de lo que enseña la Biblia: pedir al *Padre* en el nombre de *Jesús*, lo cual sí que tiene sentido).
5. Gritar a voz en cuello como si Dios estuviera sordo, empleando una voz «especial», profunda y sonora.
6. Orar tan bajo que sólo Dios es capaz de oírlo (lo cual suele provocar que otra persona empiece a orar a la vez sin darse cuenta).
7. Confundir constantemente las personas de la Trinidad: «Gracias, Jesús, porque mandaste a tu Hijo a morir por mí en la cruz.»
8. Aprovechar la ocasión que brinda la oración para dar un parte de noticias.
9. Mecerse de lado a lado como marinero en tierra.
10. El peor hábito de todos: Dejar que otros oren por temor a hacerlo mal. (Aunque hagamos un poco el ridículo entre los hombres, Dios sigue queriendo oír nuestras voces.)

Pero, ¡atención!, ¿de dónde, de quién procede ese gemido universal? ¡Según Rom. 8.27, es Dios mismo el que está gimiendo! Ese gemido universal, mezcla de dolor y de esperanza, es el gemido de Dios, que se extiende por toda su creación corrompida y se escucha también en el gemido de los seres humanos.

Y ahora llegamos al sentido que tienen estos dos versículos, Rom. 8.26-27:

Nosotros, en nuestra debilidad, no sabemos qué es lo que debemos pedir en nuestra responsabilidad de elevar ante Dios las oraciones que transformarán las realidades de este mundo y harán viva y presente la realidad del reino de Dios. Sin embargo, si somos de los que escudriñan los corazones, entenderemos el

sentir del Espíritu (o *la intención* del Espíritu, según Reina-Valera 1960), e intercederemos entonces conforme a la voluntad de Dios.

En la opinión de los traductores de la Biblia de las Américas y de Reina-Valera, parecería que es el Espíritu quien intercede. Sin embargo me parece que la Biblia de Jerusalén se acerca más al sentido del original griego cuando pone (Rom. 8.27): *y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios.*

¡Nos corresponde a nosotros escudriñar los corazones y así nos daremos cuenta de qué es lo que aspira a ver Dios en la tierra, para que

nuestra oración a favor de los santos sea conforme a los deseos de Dios!

¿Cómo hemos de ejercer sabiamente, entonces, la responsabilidad de pronunciar aquellas oraciones que, mezcladas con el incienso del altar en el cielo, ante el silencio expectante de toda la multitud de los ángeles de Dios, determine el curso de un nuevo futuro de esperanza, distinto del futuro de violencia y corrupción que el diablo nos tiene preparado?

Tan sólo hace falta escuchar los corazones. Ahí en nuestros corazones Dios ha puesto, en gemidos sin palabras, el testigo de su propio anhelo para un mundo de paz, belleza, reconciliación, amor, consolación y dulzura.

—D.B

Una visita a «La Casa Grande-Benín»

Este fue mi quinto viaje a África, el primero a Benin. Respondí a la invitación que me hizo la administración del Instituto Bíblico del Benin (IBB) para dar una serie de cursos sobre el tratamiento de los conflictos, para unos 150 líderes de iglesias. El período fue del 2 al 13 de octubre en Cotonou, la ciudad más importante del país.

El IBB está administrado y subvencionado por la iglesias evangélicas de Benin. Nuestra misión menonita (MMN) ha apoyado y sigue apoyando esta obra. Tanto a nivel de fondos como a nivel humano.

Estudiar en este contexto es tener en cuenta que uno se forma en el país que vio nacer el vudú, que sigue siendo considerado todavía como la religión tradicional de este país. Esto significa para los responsables de las iglesias con quienes estuve trabajando, que tendrán que enfrentarse, tarde o temprano, con gente que viene de este mundo y ejerce prácticas «culturales» opuestas a las cristianas, como por ejemplo la consideración de varios dioses, etc.

Otra secuela cultural y social para las iglesias es el problema de la poligamia: el hecho de que un hombre esté casado simultáneamente con varias mujeres. Esto constituye igualmente un desafío para los valores que proclama la iglesia de Cristo.

Durante este tiempo pasado allí, tuve oportunidad de conocer la obra de la Casa Grande en Allada. Esta ciudad está separada de Cotonou como a una buena hora en coche. «*Paco est absent. Il est en Espagne*», me dijo Annette, con su acento francés, cuando me abrió la puerta. Fue pues ella quien me habló, a veces en español, a veces en francés, de los orígenes de la obra. De como conoció a Paco. De su relación con la Iglesia de Burgos. De los contactos con la misión menonita y de lo importante que es en este contexto no olvidar de relacionarse con «los blancos» —es decir para ella, entre otros, con los misioneros menonitas del MMN.

Los niños me acogieron con un canto de alabanza, enriquecedor, de gratitud por la visita que les hacía,

se supone. No se imaginaban todo lo que me estaban dando. El poder presenciar este espectáculo, es único en el mundo. Los había de todas las tallas, desde los 2 a los 14-15 años. Luego vinieron, cada uno a su turno, a estrecharme la mano diciéndome cómo se llamaban y la edad que tenían. Un ritual muy conmovedor. A partir de ahí yo era uno más para ellos. Y enseguida se fueron a sus respectivos juegos y enrollos.

Con la ayuda de cuatro jóvenes y la ausencia de Paco, Annette lleva la marcha comunitaria con mucha serenidad y objetividad, proyectando una gran fuerza tranquila.

Antes de la comida, el lavarse las manos constituyó ante mis ojos todo un rito armonioso. Allí se construyó una hilera de quince niños, del más pequeño al más grande, ayudándose unos a otros cuando era necesario. Los más grandes recordaban a los «enanos» lo importante que es lavarse también con jabón. Al final todos se lavaron las manos en una palangana con jabón y agua.

(*Sigue en la página 8*)

Ayudándonos unos a otros

“He descendido para librarlos”

Aquí llegamos al último paso del modelo primario de ayuda que encontramos en Éxodo 3:7-8. La frase con la que empieza el versículo 8, «He descendido», implica proximidad, que equivale, en el contexto del relato bíblico, a haber visto, escuchado y conocido la necesidad de la persona que se intenta ayudar, expresiones comentadas en los artículos anteriores. No puede darse proximidad en las relaciones humanas, y sobre todo en una relación de ayuda, sin estos pasos previos.

La palabra *liberar* sugiere la idea de sacar a una persona, o a un grupo, de una situación difícil, en la que una fuerza externa le impide salir de donde se encuentra. El relato de Éxodo 3 nos narra una situación de este tipo en la que un pueblo oprimido es liberado de la esclavitud en la que vivía. La palabra liberación es una palabra genérica que abarca innumerables situaciones que pasan por lo político, lo espiritual, lo relacional y lo personal. Aquí nos limitaremos (en relación con el tema de esta serie de artículos) a la ayuda espiritual que podemos ofrecer a una persona para poder salir de una situación en la que se encuentra atrapada, aunque los elementos que a continuación se enumeran puedan servir de referencia para otros tipos de liberación.

Lo primero que nos viene a la mente cuando intentamos ayudar a una persona es aconsejar. La amplitud que se le ha dado al término «consejería pastoral» ha

sido bastante perjudicial, sobre todo si pretendemos que la consejería sea un medio para que el otro adopte expresiones de fe; o decirle, en función de nuestra propia experiencia, lo que debe hacer, o el camino que debe tomar; o lo peor, que intentemos convencer a la otra persona para producir una copia de nosotros mismos.

Nuestra ayuda debe centrarse en acompañar a la persona en la búsqueda de la salida o solución del problema, enumerando el abanico de posibilidades y sus consecuencias. Se trata de permitir a la persona descubrir la realidad que está viviendo y poder llegar a conclusiones propias. Cuando se acercaban a Jesús para pedirle ayuda, él respondía, la mayoría de las veces, con una parábola, de forma que las personas pudieran por ellas mismas descubrir lo que debían hacer.

Estoy casi seguro que puedo contar con los dedos de mis manos las veces que he dado consejos del tipo «debes hacer esto», «esta ha sido mi experiencia y funciona», «éste es el camino que Dios tiene par ti». En las pocas ocasiones que he actuado así, he descubierto la ineficacia de estas palabras y que no he ayudado, en absoluto, a producir un cambio en la persona que intentaba ayudar.

De forma breve mencionaré los objetivos que deben marcar nuestro ofrecimiento de ayuda a otros. Son elementos que encontramos en el camino de liberación del pueblo de Dios, que empieza en Éxodo 3 y termina en Jesús, y su forma de ayudar a los demás:

- **Sanar.** En el lenguaje de la Biblia, salvación y sanidad, son dos vocablos que están vinculados. Aunque no se trate de vocablos idénticos, ambos términos tienen que ver con la liberación del mal. Sanar, en el sentido am-

plio de la palabra, abarca lo físico, lo mental y lo emocional. Sanar tiene que ver, muy a menudo, con aliviar las heridas de la vida.

- **Sostener.** Aquí hablamos del apoyo que se da a una persona para poder sobrellevar una situación difícil, estimulándola a continuar, sabiendo que en muchos momentos los cambios no son posibles. Nuestro mejor ofrecimiento puede ser tiempo, amor y oración.
- **Guiar.** Es poder acompañar, sobre todo en esos procesos en los que se debe elegir entre varios caminos, mayormente en situaciones de crisis, sabiendo que las decisiones que se tomen afectarán a toda una vida. Debemos acompañar creando espacios abiertos de preguntas y posibilidades y sobre todo sin prisas. Actitudes de este tipo serán de gran ayuda para encontrar una salida al problema.
- **Reconciliar.** Muy a menudo tenemos situaciones deterioradas que necesitan ser restauradas, y que pueden ser con uno mismo, con nuestro prójimo, con el pasado, con la cultura, con la naturaleza... con todo aquello con lo que estemos en enemistad.

Estos cuatro pilares resumen las actitudes básicas que debemos desarrollar y prestar atención cuando queremos ser de ayuda para los otros.

—José Luis Suárez

Confesión de fe en perspectiva menonita

Artículo 9. La iglesia de Jesucristo

Creemos que la iglesia es la asamblea de los discípulos de Jesucristo, la nueva sociedad sustentada por el Espíritu Santo.

Creemos que la iglesia es la asamblea de los que han aceptado la salvación por fe en Jesucristo que ofrece Dios. La iglesia es la nueva comunidad de discípulos enviada al mundo para proclamar el reino de Dios y para servir como anticipo de la esperanza gloriosa de la iglesia. Es la nueva sociedad establecida y sustentada

por el Espíritu Santo. La iglesia, el cuerpo de Cristo, tiene como vocación parecerse más y más a Jesucristo, su cabeza, en su culto, ministerio, testimonio, amor y provisión mutuas, y en el orden de su vida común.¹

Reconocemos a la iglesia como la sociedad de creyentes de muchas naciones, ungidos para el testimonio por el Espíritu Santo.² Gracias a la obra del Espíritu Santo, las divisiones entre razas, clases sociales y géneros están siendo sanadas en la medida que personas de todas las categorías de la humanidad están siendo reconciliadas y unidas en la iglesia.³ En tiempos de sufrimiento así como tranquilidad, la iglesia depende para su preservación y misión de la presencia y el poder del Espíritu Santo, antes que del poder ni la benevolencia del gobierno.

La iglesia es la asamblea de aquellos que se comprometen voluntariamente a seguir a Cristo en la vida y a dar cuentas unos a otros y a Dios, reconociendo a la vez que la iglesia es imperfecta y por consiguiente necesita arrepentirse constantemente. La identidad de la iglesia como pueblo creyente de Dios se sustenta y renueva al reunirse los miembros regularmente para adorar. Aquí la iglesia celebra la gracia ilimitada de Dios, reafirma su lealtad a Dios antes que a ninguna otra cosa, y procura discernir la voluntad de Dios.

La iglesia es la casa, o sea familia, de Dios.⁴ El compromiso mutuo se manifiesta en el amor unos a otros así como Dios ama, al compartir recursos materiales y espirituales, al poner en práctica el cuidado mutuo y la disciplina mutua, y en la hospitalidad con todos.⁵ La iglesia recibe gustosamente a todos aquellos que se adhieren a Cristo y se integran en la familia de Dios.⁶

Creemos que la iglesia en cuanto cuerpo de Cristo es la manifestación visible de Jesucristo. La vocación de la iglesia es vivir y ministrar como Cristo vivió y ministró en el mundo. Así como en un cuerpo caben muchos miembros, todos los creyentes han sido bautizados en un mismo Espíritu y en un mismo cuerpo de Cristo. Hay diversidad de dones y ministerios en la iglesia, todos dispuestos para el bien común. Los creyentes han de amarse unos a otros y crecer hacia la semejanza de Cristo, quien es la cabeza de la iglesia.

La iglesia existe como una comunidad de creyentes en la congregación local, como una comunidad de congregaciones, y como una comunidad mundial de fe.

1. Ef. 4.13, 15.

2. Hech. 1.8; 2.1-11.

3. Hech. 11.1-18; 1 Cor. 12.12-13; Gál. 3.26-28.

4. Mar. 3.33-35; Ef. 2.19.

5. Deut. 10.19; Rom.

12.13; Heb. 13.2.

6. Juan 20.21; Mat. 28.18-20; Mat. 5.7.

Visita a Benín (*Viene de la pág. 6*)

Luego, una comida exquisita —compuesta de plátanos fritos (¡todavía recuerdo el sabor!), arroz, pollo y fruta de la casa— hizo que nos sintiésemos todos satisfechos del trabajo de los cocineros. Luego los niños se repartieron las tareas necesarias a la post-comida. Unos recogían la mesa, otros hacían la vajilla o secaban.

Mientras tanto recorrí con Annette la casa y la propiedad que allí alquilan. Enorme. Con sitio y espacio para todos.

Hay proyectos y sueños en el aire que allí se respira. La comunidad quiere comprar un lugar para realizar algo suyo: La construcción de un pueblo para otros tantos niños, que como los quince que allí viven, pudiesen ser acogidos y quisiesen tener y vivir lo que allí se vive.

Se trataría también de seguir construyendo, no sólo un pueblo, sino también vidas en seres humanos necesitados y que siguen siendo abandonados por sus padres desde que son pequeños. Creo que a esto también nos llama el evangelio.

«Dejad a los niños venir a mí [...] porque de tales, es el reino de Dios», nos recuerda el evangelio de Marcos (10.14), citando palabras de Jesús.

—Juan José Romero
(Bruselas, Bélgica)

Fe de errata: **El Mensajero** del pasado mes de noviembre fue el N° 8, no el N° 7; asimismo, el artículo de la *Confesión de Fe* sobre la Salvación es el N° 8, no el 7.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España)

www.menonitas.org

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AmyHCE ni por el director.

De distribución gratuita por las Iglesias de la AMyHCE.